

Carlos Escudé, *Principios de realismo periférico. Una teoría argentina y su vigencia ante el ascenso de China*, Buenos Aires, Lumiere, 2012, 169 pp.

*Leandro A. Morgenfeld**

Recepción del original: 25/08/2012
Aceptación del original: 20/10/2012

En su último libro, Escudé actualiza el debate sobre su teoría del realismo periférico (RP). Argumenta nuevamente que los Estados no centrales deben evitar confrontar con las potencias, para no pagar altos costos económicos y sociales. Provocativamente, como es su estilo, caracteriza a la política exterior argentina kirchnerista como sustentada en los preceptos del RP. Embiste contra el relato "nacional y popular", pero no para criticar sino para reivindicar la actual inserción internacional. A contramano de las interpretaciones mayoritarias -ya sea de los apologetas o los críticos-, destaca las continuidades por sobre las rupturas, respecto a la década de las "relaciones carnales", cuando él fue justamente asesor del canciller Guido Di Tella. El libro retoma los debates con diversas corrientes del campo de las relaciones internacionales y exalta los aciertos que su teoría del RP habría conseguido en el plano del debate internacional del último cuarto de siglo.

Ya en la Introducción, Escudé repasa los principales lineamientos del RP, su ecuación de equilibrio metapolítico universal y la relevancia que cobra ante el ascenso chino. Esta teoría parte del supuesto de que existen reglas no escritas en el orden interestatal, en el cual los Estados más poderosos gozan de un papel preponderante para establecer las normas del mismo. Para el RP, una correcta política exterior, como la de la Argentina en la década de 1990, debe reconocer que no existe libertad de un Estado para actuar en el sistema interestatal. Existen tres tipos de Estados: los que forjan las normas, los tomadores de las mismas y los rebeldes, que se convierten en *parias*. El secreto del éxito para la Argentina, Brasil, Egipto, España, Italia o Australia reside en no practicar una "estéril rebeldía" y en acatar las normas impuestas por los poderosos. La ecuación del equilibrio metapolítico universal permite, por un lado, comprender las razones por las que los Estados débiles y periféricos deben aceptar una jerarquía interestatal, so pena de sufrir sanciones ruinosas para sus sociedades y, por otro, por qué en el largo plazo las grandes potencias autocráticas tienen mayores probabilidades que las democráticas de dominar el mundo.

* Instituto Multidisciplinario de Estudios Sociales Contemporáneos (IDEHESI), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Universidad de Buenos Aires (UBA).
E-mail: leandromorgenfeld@hotmail.com

En el primer capítulo, Escudé reconstruye cómo, en la Argentina, se desarrolló una “filosofía de las relaciones internacionales”, entre 1984 y 1998. Pondera los supuestos aciertos de la reorientación de la política exterior durante el menemismo: se reemplazó el perfil anterior de confrontaciones sistemáticas con Occidente por uno de alineamiento con Washington en temas de seguridad internacional; se redujo drásticamente el presupuesto militar, la industria armamentista fue desmantelada y el servicio militar obligatorio abolido; y se pasó a una política exterior que ya no respondía a una lógica Estado-céntrica, sino ciudadano-céntrica y cosmopolita. En la segunda parte del capítulo, se explica el salto de la doctrina normativa a la teoría explicativa. Allí se recogen los supuestos aciertos teóricos del RP: el temprano hallazgo de la falacia de la “anarquía” interestatal del neorrealismo y el hallazgo de la falacia de la premisa de Morgenthau sobre una “autonomía de la esfera política”. En síntesis, la crítica a la teoría realista y neorrealista es que fueron obsecuentes con el “mito de la soberanía”, es decir, la creencia de que todos los Estados están en pie de igualdad, que ninguno tiene el derecho de mandar ni la obligación de obedecer. En este capítulo, también se da cuenta del fracaso de la aplicación del RP en la Argentina, producto de las políticas (económicas) élite-céntricas, que concentraron el ingreso y aumentaron el desempleo: “Lo único que el RP consiguió fue pavimentar el camino hacia el vaciamiento del país” (p. 47). El problema, se excusa Escudé, fueron Cavallo y sus políticas económicas, no el RP, que podría ser beneficioso si fuera acompañado de políticas ciudadano-céntricas.

El segundo capítulo tiene por objeto criticar dos puntales de diversas teorías de las relaciones internacionales: la falacia antropomorfa y la falacia estado-céntrica. La primera de ellas es la que parte de la ficción del Estado-como-persona: cada Estado es al sistema internacional lo que cada individuo es al Estado. La segunda es la que supone que la política exterior debería estar al servicio del Estado, y no de sus ciudadanos.

En el tercer capítulo Escudé se propone, analizando el caso argentino, mostrar cómo se bifurcan los caminos del realismo clásico y el realismo periférico. La teoría de las relaciones internacionales, surgida en los Estados Unidos, en general sobreestima los costes para las grandes potencias de sancionar a los Estados del Tercer Mundo.

El cuarto capítulo se inicia criticando el nacionalismo que habría permeado en exceso la educación y la cultura argentina y también la definición deficiente de “autonomía”. En general, señala Escudé, se sobreestimaba el “margen de maniobra” de los Estados débiles y no se distinguía entre la autonomía que un Estado posee (que es consecuencia de su poder) y el uso que le da a esa autonomía. Ello conducía a una trampa política, por la cual ser autónomo se convertía en sinónimo de hacer ostentación de una autonomía que siempre existió, más allá del uso que se le dé. Hugo Chávez aparece como ejemplo del mal uso de la autonomía. El RP propone la dicotomía con lenguaje económico: una cosa es inversión de autonomía y otra su consumo (improductivo). Para los Estados periféricos y sus ciudadanos, señala, resulta contraproducente enfrentar a las potencias en cuestiones políticas no relacionadas en forma directa con intereses tangibles. Así, sólo se justifican las controversias comerciales y financieras, pero no las políticas o simbólicas. La política exterior, entonces, debe ser el resultado de un cálculo de costes-beneficios. En esta

línea, señala, la capacidad de confrontación, como si fuera un bien escaso, debe ahorrarse. La China del restaurador del capitalismo, Deng Xiaoping, es el ejemplo preferido de Escudé, en tanto habría resuelto no confrontar con los Estados Unidos. El objetivo supremo de la política exterior de los Estados periféricos debería ser, no el poder, sino el bienestar de su *gente*. Escudé omite analizar el carácter desigual que tienen las sociedades capitalistas y que cada política adoptada es funcional a los intereses de determinadas clases o fracciones de ellas, grupos de interés o empresas, y no puede analizarse en términos genéricos.

En las conclusiones, Escudé plantea el éxito del RP y vuelve con su ejemplo preferido: el de Deng Xiaoping en China (1978-1992). Compara el caso chino con el argentino, aunque sabe que no son dos países comparables. Sin embargo, la explicación de por qué la Argentina marchó hacia el colapso en 2001 parece al menos simplista: "Quizás Guido Di Tella haya sido el equivalente de medio de Deng Xiaoping. Pero su otra mitad fue Domingo Cavallo, que con macabro cinismo se dedicó a vaciar su país" (p. 117). Di Tella, el de las relaciones carnales, encumbrado; Cavallo, incinerado. La frase final del libro parece temeraria. A pesar de ser un auto-definido liberal, Escudé reivindica ahora como modelo la autocracia china: "En verdad, a partir de 2008 los pueblos hemos tenido evidencia, ya fehaciente, de que en el mundo real la verdadera democracia no existe, y de que antes que la dictadura disimulada del mercado privado, es preferible una autocracia con sentido nacional, ilustrada y eficiente, conducida desde el Estado" (p. 117). Nos preguntamos si esta frase no contradice algunos de los postulados liberales en los que se basa Escudé.

Lo más interesante del libro es que sirve para reabrir un debate sobre la política exterior argentina. Tanto para interpretar la historia de la inserción internacional como la actual política exterior. Escudé no encaja. Los liberales que lo apoyaban en la década de 1990, hoy no entienden cómo defiende la política exterior oficial. Los kirchneristas lo invitan a sus programas de televisión o a sus medios gráficos, pero resulta que Escudé reivindica de la actual política exterior justamente lo que aparece soslayado en el discurso nacional y popular oficial. Para Escudé, si hay algo que se está haciendo bien ahora, es seguir los lineamientos del RP, incluso mejor que en los '90. Este no encajar de Escudé, y su afán por la polémica, es lo que hace interesante su planteo. Incluso para los que no coincidimos casi en nada con él.